

no los bastantes para dar a su patria paz y quietud, conseguirán, cuando ménos, tenerla en sus conciencias y en su personal. ¡Pobre moral mexicana! ¡cuánto ha perdido por las revoluciones continuas de dos generaciones!

El propagador debe asimismo procurar su objeto por la recomendacion de la ocupacion y el trabajo, cuya falta es una de tantas causas de la desmoralizacion. Debe procurar que los cristianos se abstengan de todo lo que está mencionado en la parte 3.^{ra} del tomo anterior: debe inspirar mucho respeto a todo lo sagrado, personas, cosas, lugares y demás; y con un sistema basado en estos principios, no dude que hará mucho bien a las almas de sus hermanos.

CAPITULO V.

LA ORACION.

De la oracion, dice San Agustin, que de ordinario no es escuchada ni despachada por Dios, por tres razones. 1.^{ra} Porque pedimos en mal estado de conciencia, cuando por el pecado somos enemigos suyos y por lo mismo indignos

de ser oídos. 2.^{ra} Porque pedimos de mala manera, esto es, con soberbia, con impaciencia, sin discrecion, sin constancia, sin fe y sin sumision á la voluntad divina, porque no queremos sino que se haga la nuestra. 3.^{ra} Porque no pedimos lo que conviene, que es de preferencia: lo relativo á su honra y gloria, lo perteneciente á nuestra salud espiritual, y lo que es verdaderamente necesario en el órden temporal: huyendo de los trabajos y penas saludables en cuyo sufrimiento voluntario consiste tal vez nuestra salvacion.

De esta doctrina del Santo Doctor podemos inferir muy lógicamente: que la oracion del cristiano propagador no puede menos que ser escuchada y muy bien recibida de Dios: 1.^o Porque el cristiano, como lo suponemos, procura hallarse siempre en amistad con Dios por la gracia que guarda, y procura acrecentar en su espíritu y que lo hace digno, en cuanto cabe, de presentarse ante el Trono de la divina Misericordia. 2.^o Porque hace su oracion con órden y método, preparándose remota y próximamente: humillándose: pidiendo la luz del Espíritu Santo; meditando y aprovechando los afectos que el Señor le concede, para sacar de ellos las resoluciones, propósitos y frutos que convienen a su propio bien y al de los otros. 3.^o Porque

pide, y esto importa mucho, lo que Dios quiere, y quiere que se le pida, esto es, la salvacion de todos los hombres, sin excluir a sus mismos enemigos, que lo son los de la religion católica y los de la Iglesia.

Necesario es que todo cristiano se despreocupe de esa universal excusa con que el enemigo de las almas seduce y engaña, presentando este ejercicio, tan natural al hombre, como el trabajo mas penoso, mas difícil y aun imposible. «No puedo,» dice cada uno, y no hay quien no pueda pensar y hablar sobre cualquier negocio que le interesa. «No puedo,» y no hay quien no pueda sentir, ó el agravio ó el favor, la gratitud, la admiracion, el deseo, la pena, el amor y mil otros afectos, que cuando se enderezan debidamente a Dios, son los que hacen y forman nuestra oracion. «No puedo,» porque la imaginacion se divaga de una manera incorregible; porque en nada pienso ni discorro; porque el tiempo me parece demasiado largo; porque las ocupaciones me impiden; porque el ruido me estorba; pero en sustancia, *no puedo equivale a no quiero*, como se suele decir a una persona de respeto cuando no queremos ó no nos atrevemos a manifestar con toda libertad nuestra resistencia a sus mandatos. ¿Puede cualquiera, aunque sea con algun trabajo, poner atencion a lo que lee ó reza

vocalmente? Sin duda que sí. ¿Pues por qué no podrá fijar su mente en el punto de meditacion que ha leído y puede releer cuantas veces quiera ó necesite?

Es verdad que hay dificultades, y grandes, para la oracion mental; pero estas dificultades no son insuperables, pues se vencen con el tiempo, con la constancia, con la industria, y sobre todo con la buena voluntad, que examina y remueve todos los impedimentos que nos estorban é impiden el hablar y comunicar frecuente y amorosamente con nuestro Padre Dios. La meditacion no consiste mas que en pensamientos santos y conmovedores; la oracion, en afectos tiernos y eficaces. ¿Quién es el que no puede pensar? ¿Quién es el que no puede sentir? ¿Siempre hemos de orar con ideas ajenas, con afectos extraños, que nunca pueden ser tan oportunos, tan adecuados, tan convenientes, como los que nacen de nuestro mismo corazon? ¿Qué se responde a Dios, que nos dice: «Es necesario orar siempre y nunca dejar de orar?» Hemos de decir a Dios: «¿No podemos?» A Dios no se puede engañar. Esto es lo que realmente no podemos, aun cuando podamos engañarnos a nosotros mismos.

Gravísimo es este mal, y particularmente respecto de la obra de la propagacion, porque el dón de la conversion, del desengaño, de la mu-

danza de vida de nuestro prójimo no puede venir sino de Dios. Dios no lo concederá si no se le pide con humildad, con instancia, con confianza. Ni se le pedirá si no es por medio de la oración. Consecuencia precisa. Luego la oración no es solamente un elemento conveniente para propagar la moral, sino que es una diligencia indispensable para alcanzar tan grandes beneficios. Cubierta está la tierra de desolación, dice un profeta, porque no hay quien se recoja dentro de su corazón. Si se consigue que el cristiano se aficione, se habitúe, se ejercite, se dedique un rato cada día a la meditación y a la oración, mucho debemos esperar de su salvación personal y de la de otros muchos.

Imposible será que el hombre que sería y detenidamente piense en sus novísimos, en su redención, en su vocación al cristianismo, en las verdades del Evangelio, en la Pasión de Nuestro Salvador, en la perfección y santidad de los mandamientos y en todos los puntos que deben servir de materia a la oración; imposible será que el hombre no se mejore, apartándose del pecado, y que no se sienta encendido en deseos de mejorar a sus hermanos, empleando para este fin todos sus conocimientos, sus talentos, sus fuerzas morales, sus bienes, su vida y cuantos elementos encuentre en sus manos.

CAPITULO VI.

LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO.

Aunque San Ignacio de Loyola no hubiera hecho en toda su vida, tan rica en grandes instituciones y buenas obras, otra que la de sus ejercicios, le hubiera bastado ante la Divina Misericordia esta sola para alcanzar la inmensa gloria que posee. Obra dictada por la Reina de los cielos y Madre de los pecadores, no podía menos que tener una influencia poderosa é irresistible para alumbrar las conciencias, esclarecer el entendimiento, ablandar el corazón, alentar la cobardía, despertar la tibieza, destruir el pecado, entronizar la virtud, y hacer la salvación de innumerables almas: ¿cómo no ha de ser esta institución uno de los mejores y más eficaces elementos para la propagación de la moral católica?

En estos ejercicios, desde que se entra a la casa en que se practican, se siente el espíritu como poseído de un sentimiento indefinible de devoción, de temor santo, de esperanza y de valor para emprenderlo todo. Si las potencias se hallan disipadas en los primeros días, más tarde

ó más temprano viene el dulcísimo fervor que recrea al alma más, mil veces, que todas las alegrías mundanas. El mismo terror que causan en medio del silencio y la quietud los vivos recuerdos de nuestras postrimerías, se convierte en un estímulo dulce que nos obliga a orar con lágrimas y gemidos del corazón. Las verdades de la religión, meditadas y oídas en la oscuridad de una capilla, se ofrecen a los ojos del alma tan puras, tan claras, tan consecuentes, tan tiernas y conmovedoras, que, para un filósofo, serian solo por esto lo mas deseable a las potencias.

Si un cristiano quiere conocer alguna vez con toda claridad sus obligaciones religiosas; si desea sentir todo el peso de sus culpas; si formar una idea de las pasiones humanas; si acertar en un estado que desea tomar; si arreglar para siempre su vida; si desarraigar un vicio que lo domina; si adquirir la virtud ó virtudes que mas necesita, no encontrará, sin duda, modo mas eficaz de comenzar tan nobles trabajos, que hacer los ejercicios de San Ignacio. Ellos nos dan, ó mas bien dicho, Dios nos dá por medio de ellos, las luces, los desengaños, las inspiraciones, los remordimientos, los consuelos, y los bríos para comenzar, proseguir y perfeccionar nuestra mas completa reforma. Gracias tan abundantes como las que el Señor hace a las almas por este

medio, si no se aprovechan, causan un terrible reato de ingratitud; pero este mismo pensamiento estimula la conciencia para no desperdiciar tan grandes beneficios.

Es cierto, por desgracia, que el dón de la perseverancia es raro y exquisito, y que son muchos los que vuelven a sus antiguos malos hábitos; pero es mas cierto todavía, que tal desgracia viene de culpa del hombre inconstante y perezoso, que poco a poco va omitiendo la oración, la lección, y particularmente la frecuencia de la confesión y comunión, hasta que vuelve a precipitarse en el abismo de que habia salido, tal vez, con mucho trabajo. Esta es falta del cristiano, no de los ejercicios. Por esto debe el ejercitante formular sus propósitos con consejo, con cordura y prudencia, no obligándose por un necio fervor a lo que humanamente no ha de poder cumplir despues, y cuidando sobre todo esmerarse en cumplir cada dia mejor sus obligaciones cristianas, que es en lo que consiste la virtud, más que en prácticas y devociones de supererogación, que, si no tienen por base y por objeto la observancia de los mandamientos, valen nada ó casi nada. Pero veamos, por fin, cómo el propagador debe valerse de este medio para conseguir el bien del prójimo.

Algunos buenos cristianos y sacerdotes celo-

sos de la gloria de Dios, han trabajado en la ereccion y conservacion de casas acomodadas y propias para este objeto. ¡Qué premio tan grande les espera en el cielo! Otros han escrito excelentes libros para ampliar las consideraciones que escogió y ordenó el santo fundador. Estos tambien han empleado debidamente sus talentos. Otros se prestan a la difícil tarea de la predicacion y direccion de los ejercicios con el mayor desinterés y con la mas recta intencion. Estos tendrán tantas almas que pidan y se interesen por su salvacion, cuantas son las que han instruido, dirigido y libertado de la culpa y la condenacion. Muchas personas laicas se ofrecen y emplean en ser lectores ó administradores gratuitos de las casas de ejercicios, y aun no falta quienes se consagran por Dios hasta en los trabajos mas mecánicos y humildes. Tal vez estos tengan mayor premio que los demas por su humildad y abnegacion. Más: vistos estos y otros medios de promover tan santa institucion, que no todos son posibles, el propagador, sea quien fuere, puede hacer mucho.

Exhortar, alentar, despreocupar, facilitar los recursos, y de todas maneras allanar el camino al hombre extraviado y perdido para que se resuelva a tomar y tome los ejercicios, es cosa muy propia de un celoso propagador de la moral cris-

tiana. ¿Y quién no puede hacer algo de esto? Aconsejar, sostener, ayudar, acompañar al ejercitante para que forme y cumpla sus resoluciones, obra es muy propia del propagador. ¿Y qué le impedirá el hacerlo? Es preciso convencerse de que, si el amor es ingenioso, la caridad con nuestros hermanos y el amor de Dios Nuestro Señor nos hará mil veces mas sagaces para hacer el bien y mas felices para conseguirlo.

CAPITULO VII.

LAS SANTAS ESCUELAS.

No han tenido ni podido tener otro objeto los fundadores de Religiones, de Terceras órdenes y de Santas Escuelas que la conservacion y propagacion de la moral. De manera, que léjos de ser esto una invencion, se puede decir en su abono, que es tan antigua como la predicacion del Evangelio. Las Santas Escuelas, de que diremos cuatro palabras, son unas corporaciones piadosas, que con diferentes estatutos y prácticas, contienen en su seno a los mas piadosos feligreses de una parroquia ó vecindario, bajo la di-

reccion de algun sacerdote empeñoso ó del mismo párroco. El solo nombre de *Escuela* da a entender que en ella se aprenden las doctrinas de la religion y las reglas de las virtudes, excitándose recíprocamente los condiscípulos con palabras y ejemplos edificantes, a reformar, mejorar y perfeccionar sus costumbres. Son, en suma, las Santas Escuelas como unas copias, aunque pequeñas é imperfectas, de las reuniones de los cristianos primitivos. En todas, de uno ú otro modo, es de estatuto la frecuencia de sacramentos, la leccion, la predicacion, la oracion y todo lo que mas conviene a la santificacion del cristiano. Tienen abiertas las puertas a los hermanos anumerados, lo mismo que a los que no son y quieren concurrir.

Si el propagador quiere ir atrayendo paulatinamente al amigo, al pariente, al camarada ó compañero, ó quien fuere, al buen camino, procurando conseguir el ser acompañado á los ejercicios, que por lo comun son semanarios en la Santa Escuela, allí conocerá el extraviado experimentalmente, cómo se estimulan unos a otros los asistentes, con himnos y cánticos espirituales, segun la enseñanza del Apóstol. Allí oirá con recogimiento las lecturas que lo instruyan en sus obligaciones, que le recuerden sus novísimos olvidados, y que lo fortifiquen para

resolverse á convertirse sinceramente, emprendiendo una vida en un todo cristiana. Allí aprenderá, con la predicacion, la manera de vencer sus pasiones, de desechar los malos pensamientos y deseos pecaminosos, de formar propósitos efectivos, que luego se conviertan en buenas obras. Allí, contraerá consigo mismo y con Dios, el santo compromiso de ocurrir con frecuencia á las fuentes de la purificacion, á los convites del pan celestial; esto es, á la confesion y comunion. Allí, por fin, se hará un buen cristiano y se habilitará para poder ser un empeñoso propagador, que traiga otros, como él fué traído al buen camino.

¡Dichosos los sacerdotes que, no pudiendo por las enfermedades, ó la ancianidad, ó por sus empleos, dedicarse al servicio de las parroquias, emplean algunas horas, un día ó dos en la semana, en cultivar estos pequeños jardines de la heredad de Jesucristo! Estos señores merecerán mucho, porque no solo mantendrán en la gracia número mayor ó menor de individuos que concurren a su escuela; sino que cada uno de estos hermanos, arreglando su familia, dando buen ejemplo, pidiendo fervientemente a Dios y procurando convertir y remediar a otros, multiplicará oculta y prodigiosamente el fruto de los trabajos del buen director, el cual será el

centro mejor que pueda darse a un buen círculo de propagadores de la moral. No es esto echar jardines ó fabricar castillos en el aire; hágase la experiencia y no pasará mucho tiempo sin que se palpen los mas satisfactorios resultados.

Me atreveré a dar algunos consejos a estas santas corporaciones. Ellas deben escoger para sus directores a los sacerdotes mas celosos, exactos, constantes y prudentes, que se encuentren en su seno ó fuera de él, aunque no sean los mas sabios y elocuentes para la predicacion. El fundador del Oratorio, San Felipe Neri, llegó alguna vez a interrumpir a un predicador que en uno de sus ejercicios nocturnos de cada dia, peroraba en estilo muy sublime. De paso adviértase, cuánto bien hacia en las almas aquel gran santo, con ejercicios, como los de las santas Escuelas.

Escojan tambien los hermanos para desempeñar los respectivos empleos, a los mas capaces, a los mas puntuales y a los mas ejemplares, aunque sean los mas pobres y mas ignorantes en otro orden de cosas; porque la inconstancia humana y nuestra veleidad, hacen que estas asociaciones estén ó aniquiladas, ó acabando ya; y esta pérdida es demasiado dolorosa.

La discordia tambien perjudica horriblemen-

te y es causa de que los que deben ser mas humildes, se ensoberbezcan en los altercados en que falta la prudencia, la tolerancia, la obediencia al superior y la caridad entre los hermanos. A estas Santas Escuelas debe decirse, lo que en despedida y fin de una carta a los Corintios, decía San Pablo: «Por lo demás, hermanos míos, vivid alegres, sabed las mismas cosas, exhortaos mutuamente, pensad de la misma manera, tened paz; y el Dios de la paz y del amor estará con vosotros.» Dios Nuestro Señor haga que las Santas Escuelas, sean otras tantas corporaciones y fuentes perennes de propagacion de la moral católica.

CAPITULO VIII.

LAS CONFERENCIAS.

¡Con qué gusto se habla de las conferencias, como de un medio de los mas adecuados para la propagacion de la moral! Ellas tienen por objeto principal, hacer cuanto bien sea posible a los prójimos en el orden espiritual, valiéndose para ello de los socorros, auxilios y servicios

temporales; porque así son atraídos los pobres y halagados para mejorar sus costumbres. Considerando esto, parecerá ocioso el exhortarlos á un fin que ya tienen por sí mismas. No es así. Los beneficiados de las conferencias, son casi exclusivamente los temporalmente necesitados, los miserables, los desgraciados. Los beneficiados de la propagacion, lo son todos, sean de la clase ó condicion que fueren. Pero no hay corporacion ni individuos tan propios para extender la moral en todas las categorías de gentes, como los que a ellas pertenecen.

Es para alabar á Dios y consolarse en medio de tantos motivos de pena, considerar esa muchedumbre de hombres y señoras, en gran parte jóvenes y casi todos pertenecientes á familias muy honradas, empleados con constancia, con empeño, y con la caridad mas desinteresada, en enseñar a los niños, cuidar de los enfermos, visitar a los encarcelados, alimentar a los pobres, unir a los mal casados, dar oficio a los huérfanos, preservar á las doncellas, consolar a los ancianos y visitar frecuentemente a todos sus socorridos. ¡Lleven del cielo las bendiciones sobre tales católicos, que prueban con esa conducta, que no se ha encogido la mano misericordiosa del Señor, ni sus oídos se han ensordecido! ¡Venga sobre las conferencias el espíri-

tu de la perseverancia y del adelanto, que las haga prosperar cada dia más! Pero digamos algo que sirva para que ensanchen y extiendan su accion a todo género de gentes, no limitándose a solo los pobres y necesitados en lo temporal.

El socio de las conferencias es, por lo comun, persona de educacion, de juicio, de buena conducta; y de un talento, al ménos, de una cultura muy suficiente para hacer de él un notable propagador. Como él, se ve comprometido a llevar una vida arreglada y confesarse y comulgar varias veces en el año, para poder sin temor amonestar a sus visitados, que hagan lo mismo; sin quererlo, se hace un modelo, un ejemplar para las personas de su clase. Esto, parece lo autoriza, sin enorgullecerlo, para aconsejar y exhortar a los demás, aunque no sea mas, que procurando agregarlos a su conferencia ó a otra. Luego las comisiones, encargos, visitas de pobres y demás, que van haciendo amar los ejercicios de caridad, convertirán al conquistado en otro conquistador; y aun cuando no se logre engrosar una corporacion, se conseguirá con esta especie de enganches, que no se disminuya por las bajas de los inconstantes, los ausentes y los muertos. Lo mismo se dice respectivamente de las señoras, pues para uno y otro sexo son estos humildes consejos.

Empéñense en hora buena en los socorros de alimentos, vestidos y remedios; pero nadie quede parado en medio camino, pues lo temporal no es mas que el vehículo para lo espiritual. Por esto no se excluye de los beneficios de la conferencia al relajado, al impío, al incrédulo, ni al hereje, si lo hay; mientras no se pierde la esperanza de su conversion, que por todos los medios imaginables se procura. Jesucristo dijo: «No necesitan de médico los buenos y sanos; y yo no vine á buscar justos, sino pecadores.» Imitemos en esto á nuestro Maestro y Salvador, que vino á poner fuego de caridad al mundo, y no deseó con mas ardor otra cosa, sino que se propagará. No tienen las conferencias mas que hacer, sino ampliar y multiplicar sus círculos; levantar su accion hasta las clases mas elevadas; engrosar su corporacion, sin avergonzarse ni temer, que se tengan y se llamen proselitistas; como no se avergüenzan los protestantes y los masones de serlo para el error y la maldad.

El buen orden con que las conferencias se gobiernan; la dignidad y modestia y brevedad con que discuten sus negocios en las sesiones; la discrecion con que se respeta la caridad, se cubre la honra, se huye la jactancia; la armonía, union y paz con que se tratan; la sumision y exactitud en hacer lo que manda el que preside;

la absoluta indiferencia, tolerancia y abstinencia en materia de politica; tantos y tantos elementos morales, como concede Dios, único Autor de todo bien, á las conferencias, se pueden emplear gloriosamente en la propagacion de la moral, sin detrimento, ántes bien con evidente mejora de los fines principales de la institucion.

Como testigo ocular de todo lo que hablo de las conferencias, protesto de verdad y de que en nada adulo á estas corporaciones ilustres y edificantes. Las felicito con toda la efusion de un corazon que admira y envidia las virtudes de sus individuos; y espero que, si alguna vez Dios se ha de apiadar de México y del mundo, ha de ser por las oraciones de aquellos que, como Tobías, oran con lágrimas al mismo tiempo que se consagran á la práctica mas generosa de las obras de misericordia. Como aquel santo fué oído, lo sean todos los socios de las conferencias.

CAPITULO IX.

LA DEVOCION Á MARÍA SANTÍSIMA.

Hay un consuelo, entre tantos como prodiga la religion católica a los que la profesan, tan

tierno, tan eficaz y tan dulce, que no hay persona afligida y necesitada que, ocurriendo á él, no se sienta aliviada y socorrida. Es el afecto filial del hombre redimido que en sus cuidados y penalidades ocurre a una Madre cuyas entrañas son la clemencia y el amor. Es un refugio al que se acoge el cristiano perseguido de sus enemigos interiores y exteriores, de sus pasiones y malas costumbres, de los azotes y castigos de la Justicia Divina, en el cual encuentra toda seguridad, porque está dicho: "No se acercará a Ti el mal, y el azote no llegará a tu tabernáculo." Es el paraíso espiritual en que el hombre justificado goza de todas las satisfacciones y dulzuras de la inocencia, al lado de una Madre universal y muy misericordiosa. Es un tesoro en que encuentra el triste, alegría: el enfermo, salud: el tímido, valor: el pobre, socorro: el perseguido, auxilio: el pecador, arrepentimiento: el justo, adelanto, y todos los hombres encuentran todos los bienes. En fin, este consuelo es la devocion a María Santísima, Madre de Dios.

Esta devocion ha de ser, como la caridad, nacida de un corazon puro. Quiere decir, que ha de nacer de una alma que excluya todo pecado, porque de lo contrario, será casi ineficaz é incompatible, pues no se puede amar a la ma-

dre, siendo enemigo del hijo. Ha de proceder de una buena conciencia, esto es, arreglada, tranquila, y en cuanto cabe, satisfecha, no por orgullo ni jactancia, sino por un conocimiento humilde, agradecido y prudente de que no hay afecto habitual, deliberado, a la culpa mortal. Ha de estribar en una fe no fingida, fe sincera, confianza cristiana, certeza que no admite duda, de la influencia, de la eficacia, del poder, amor y empeño de la Madre de Dios para con su divino Hijo en beneficio de todos los que fervorosamente la invocan. Con tales circunstancias, la devocion es una arma tan fuerte y tan poderosa, que no hay en el cielo ni en la tierra potestad, ni malicia, ni ciencia que puedan resistirla. Tal es el medio que se pone en manos del propagador, para que con él trabaje en su propio bien y en el de las almas de sus prójimos.

Cómo se ha de emplear para tan altos fines un recurso tan importante, se entiende fácilmente. Lo primero, El propagador debe ser un verdadero y fervoroso devoto de la Madre de Dios. Debe derramar en su presencia un corazon lleno de celo por la honra de Dios y por la salvacion de las almas. Debe multiplicar sus súplicas y sus lágrimas ante aquella Señora que no lloró solamente por los tormentos de su Hijo amado, sino muy particularmente por el desprecio y el desperdi-

cio que los hombres habiamos de hacer de merecimientos tan valiosos con que se gana la vida eterna. De estos dolores de segunda causa no pudo tener la divina Señora otro consuelo, que el considerar que los cristianos buenos aprovecharian para sí y para los malos las riquezas inagotables de la Sagrada Pasion y los méritos infinitos de la Preciosa Sangre de Jesus. El que tal piense, y segun sus pensamientos obre, éste será el verdadero devoto de María.

Como el amante, procurará que todos amen tambien a la que a nadie excluye de su bondadoso afecto; y si un propagador logra encender en el corazon del hombre extraviado la mas pequeña chispa de esta devocion, puede sin temeridad confiar, que fomentándose con constancia llegará pronto a encenderse en fuego de caridad que consuma las faltas pasadas por la contricion, y que renueve al hombre, trasformándolo en un cristiano fervoroso, en un nuevo propagador. Para esto conviene hablar con frecuencia y con entusiasmo de las grandezas, de los dones, de las virtudes, de los merecimientos, de las misericordias, de los portentos y de los beneficios de la Madre Virgen, a fin de inspirar en todos veneracion, confianza y amor a tan gran Señora. Conviene promover y propagar algunas de las innumerables devociones que circulan entre

las gentes piadosas; hacer leer los libros que tratan de sus alabanzas y prodigios, y muy particularmente, hacer adoptar alguna oracion ó práctica diaria en su obsequio. Los efectos que estas diligencias han producido, llenan muchos libros que tratan ex profeso esta materia. Recomiéndese con especialidad esta brevísima jaculatoria: «¡Oh María, concebida sin pecado! rogad por nosotros que recurrimos a vos.»

Cuando Santo Domingo de Guzman fué encargado de extirpar la herejía de los albigenses, no inventó la inquisicion, como afirman los que ignoran la verdadera historia de ese tribunal, sino que extendió la devocion del rosario, pensando, y muy sabiamente, que los herejes, lo mismo que todos los impíos, no se desengañan con puros argumentos, sino con obras buenas, y entre ellas, con la devocion constante y ardiente de aquella que, segun la Iglesia, sola mató a todas las herejías en el universo. Sean los propagadores devotos de rezar el rosario diariamente, y entre las prácticas que procuren y logren introducir en las familias, sea una de las principales, el rezarlo reunidos los de cada casa. Así lo practicaron nuestros padres y abuelos, y tal vez por esto no vieron las calamidades y miserias que afligen a las generaciones actuales.